

Biblioteca-Films

edición

Cantaré para tí

50 céts.



AL. JOHNSON

LARRY LEE
MARION NIXON

Niu
del
COL·LECCIONISME

CINEMA ANTIC LPOSTALS
JOGUINES - PUNYS LLIBRE
POSTERS I CAPSES LLAVINA
SOLDATS PLOPA I LLAVINA
LACRADORES - TOTS LLAGERS
PERRONQUERIA - GASTRONOMIA
PLANXES - MOLINETS
ARTICLES ESCRITORS
TALLERS - AGALLS COBERTA
ESPECTACULA AL MON
CROQUIS DE LA ZOCOLATA
LUMINIS - TATAC - PAPER FLUOR

Apartat 14.108
BARCELONA
Plaça Reial
Dimecres de 10 a 2

SELECCIÓN BIBLIOTECA FILMS

NÚMERO EXTRAORDINARIO

Redacción, Administración y Talleres:

Calle Valencia, 234 - Apartado, 707.

Centro de Reparto de Suscripciones: Barbadá, 16

B A R C E L O N A

CANTARÉ PARA TÍ

Adaptación en forma de novela de
la comedia dramática de DARRYL
FRANCIS ZANUCK. Interpretada por

AL. JOLSON

Versión novelesca de E. MOLDES

**Cinematográfica Nacional
Española**



Vía Layetana, 53

Barcelona

REPARTO

Joe Lane.	AL. JOLSON
Su hijo	Davey Lee
Catalina	MARION NIXON



Nos hallamos en la estación emisora "Radio Central". Animación. Son las primeras horas de la velada; esa hora grata en que ha terminado la comida en los hogares y las familias se acercan al altavoz para ilustrarse y deleitarse.

En los diversos departamentos del edificio, ante los micrófonos, están ya situadas las personas que han de lanzar su voz a través del espacio. Son cantantes que accionan enfáticamente a solas, mientras emiten sus gorgoritos, como si estuviesen ante un público ingenuo que admirase sus ademanes. Son sabios profesores, que hablan, un poco pedantemente, del Cosmos o del subsuelo, de la teoría de la relatividad o del último remedio contra la calvicie. Son músicos, orquestas completas, para quienes no tiene secretos el arte del "jazz". Son damas feministas, feas y apergaminadas, que hablan de declarar la guerra al hombre, mo-

vidas por el odio que ha hecho nacer en sus almas la prolongada soltería. Son, por último, esa potencia de los tiempos modernos: los anunciadores de radio; unos, que repiten constantemente la lección aprendida haciéndole la competencia a los loros; otros, que sazonan la prosa árida de los anuncios con felices rasgos de ingenio.

En su despacho, amplio y confortable, está el director de la estación: Arturo Phillips. Su secretario se acerca a él, llevando sus manos ocupadas con un montón de cartas y telegramas acabados de recibir.

—¿Algo importante? — le pregunta Phillips.

—Nada... Peticiones, recomendaciones, felicitaciones... Una sola queja hay: la de la Harina Lacteada Hércules.

—¿De qué se queja esa gente?

—No quieren que toque la orquesta hawayana a la hora de su anuncio. Dicen que ellos venden harina lacteada y no mamey.

El director hace sonar un timbre y se presenta la taquígrafa. Se sienta ante la mesa de su principal, y éste le dice:

—Tome nota... Suprimir la Orquesta hawayana a la hora del anuncio Hércules.

—Ya está — contesta la taquígrafa, después que su mano ha trazado sobre el papel unos signos cabalísticos.

—Sustituir esa orquesta por el cuarteto

Mino, al que llamaremos "Los Cuatro Hércules".

En aquel momento llaman discretamente a la puerta del despacho. Acude el secretario y saluda con grandes aspavientos a dos caballeros que acaban de llegar. Phillips acude también, y su subordinado se apresura a hacer las presentaciones. Aquellos señores son los gerentes de la Harina Lactancia Hércules.

—Ya conocerá usted nuestra queja—le dicen al director.

—En efecto... Acabo de designar un buen cuarteto, y algo mucho mejor: el gran Joe Lane.

—¿Joe Lane?

—Sí... ¡Cómo! ¿No le conocen ustedes? ¿No han oído ustedes cantar a Joe Lane? ¡Pero si es nuestro exitazo!... Vengan, vengan conmigo...

Y Phillips, deshaciéndose en sonrientes admiraciones, conduce a los recién llegados a un departamento, donde, ante el micrófono, un hombre joven canta alegremente, saltando accionado y riendo al mismo tiempo, como si al realizar aquel trabajo disfrutase de la felicidad más completa.

Es Joe Lane. Un buen artista. Un niño grande, inconsciente, simpático, guiado siempre, en todos sus actos, por el corazón, como si la razón se anulase en él bajo la fuerza arrolladora del sentimiento.



...Joe Lane cantaba alegremente...

Termina de cantar y de moverse convulsivamente al son de la retozona música de "jazz", y se dirige sonriendo hacia su director, que es también—por lo menos él lo cree así—su mejor amigo.

Saludos, presentaciones. Y el director dice:

—Estos señores, de la casa Hércules, desean que cantes tú a la hora de su anuncio.

—¡Ah! ¡Muy bien! No hay inconveniente.

—Nosotros—dice uno de los comerciantes—quisiéramos que, a ser posible, men-

cionase usted nuestra harina lacteada en alguna de sus canciones.

—¿Por qué no? Yo estoy aquí para complacer a los clientes de la casa... Verán ustedes... A ver que les parece esto...

“Dele a su niño,
haga el favor,
harina Hércules,
que es la mejor.”

—¡Muy bien! ¡Magnífico! ¿Y eso lo dirá usted con música?

—Con música... y hasta con música wagneriana, si ustedes quieren.

Unos momentos después, Joe Lane, se apodera por completo de la voluntad de los clientes de la estación, cautivándolos con su simpatía, mareándolos con su charla de pájaro y derrochando en su honor lo más sugestivo de su repertorio.

II

Arturo Phillips, seguro de que dejaba en buenas manos a los demandantes, había vuelto a su despacho. Y muy a tiempo, por cierto. Cuando él entraba, una puerta se abría a sus espaldas y por ella se introducía en la sala de espera una gentil mujercita. Era Kate, ó Catalina, la esposa de Joe Lane.

Phillips se adelantó hacia ella con las manos extendidas:

—¡Cuánto bueno por aquí!

—Vengo a buscar a Joe... Otra vez se ha olvidado de mí.

—¿Estaban ustedes citados?

—Sí, a las ocho... Y aún le estoy esperando.

—Está usted hoy más encantadora que nunca, Catalina... Verdaderamente, Joe no sabe lo afortunado que es.

Una pausa. Kate, un poco cohibida, miraba al suelo, segura de que si levantaba los ojos, su mirada se cruzaría, fatalmente, con la de Phillips.

—Viene usted aquí muchas veces — dijo

éste—, y nunca podemos charlar algo detenidamente. ¿Quiére usted que entremos en mi despacho?

—¿Por qué no?

Entraron. Kate se sentó en un comfortable, y Phillips quedó en pie junto a ella, apoyado contra la mesa. Una pausa embarazosa. Pausa que Arturo rompió prontamente, pues aquel silencio, que ponía en guardia a su "adversaria", no convenía a sus planes.

—¿Conque Joe la ha olvidado otra vez, eh?

—Sí... pero, vamos, no se lo tomo en cuenta. Joe es un chiquillo... un chiquillo desmemoriado...

—Y divertido, ¿no?

—También. Muy divertido.

—Yo creo que Joe no es digno de usted.

Catalina se levantó, puesta en guardia ya. No podía hacerse ilusiones. La conversación se encauzaba hacia el terreno que ella temía.

—¿Qué es lo que pretende usted, Arturo?

—¿Quiere usted que se lo diga con absoluta franqueza?

—Sí.

—Pretendo que sea usted un poco complaciente conmigo... nada más que un poco.

—¡Usted se olvida de sí mismo, señor!

—No; no olvido nada... ni siquiera que su marido me debe a mí lo que es, lo que

gana... He hecho mucho por Joe, Catalina... ahora queda hacer algo por usted.

—Yo no le he pedido nada.

—Pero, ¿no ve usted que la amo?

—¿Y usted no ve que yo amo a mi marido?

—¡Pues en su mano de usted está el verle en la cumbre!

—¡Antes querría verle en la miseria!

Arturo Phillips encendió un cigarrillo y se puso a pasearse por el despacho, fingiendo una indiferencia que estaba muy lejos de sentir.

Catalina se dirigió a la puerta. Entonces, él la detuvo con un gesto.

—Si cambia usted de parecer, dígame a Joe que me invite a comer el domingo. Yo sabré lo que eso quiere decir.

—¡Pensaré siempre como ahora!

Y la esposa de Joe Lane salió del despacho sin despedirse. Al atravesar la sala de espera vió a su marido, que salía de uno de los departamentos. Corrió Joe hacia ella con los brazos abiertos:

—¡Cómo, Kate! ¿Te ibas sin verme?

Ella no respondió, nerviosa aún por la escena en que acababa de tomar parte.

—Ya sé por qué es esa cara... Por que olvidé que estaba citado contigo a las ocho...

—No me importaría si fuese hoy solamente, Joe, pero es que es siempre.

—Nunca más me sucederá... perdóname.

Le miró ella a la cara. Había tanta nobleza, tanta lealtad, y al mismo tiempo tanta inconsciencia en el rostro de Joe, que no pudo menos que sonreír.

—¿Cómo no perdonarte, si eres completamente irresponsable?

—Bien. Así me gusta. Pacés hechas... Oye, mañana por la mañana sal a comprarle a Luisín aquel abrigoito que vimos el otro día... Lo llevaremos alguna vez al teatro.

—Pero, Joe... no tengo dinero...

Se registró él los bolsillos, y viendo que en ellos sólo tenía un poco de pelusa y algunos billetes de tranvía, se echó a reír:

—El banco está vacío, hija mía... pero le pediré a Arturo.

—¡No, a Arturo, no!

—¿Por qué no? ¿Acaso no es buen amigo?

Y sin atender a las súplicas de su esposa, Joe entró en el despacho del director.

—Oye, Arturo, dame dinero... estoy en quiebra.

—¡Pero... si antes de dí mil dólares!

—Dame cien más, y serán mil cien.

No se resistió Arturo. Dió el dinero; aquel dinero que, sin Joe sospecharlo, iría formando un círculo de fuego en torno de la figura de Catalina.

Volvió a reunirse con ella el cantante y puso el dinero en sus manos, diciéndole:

—Me guardo yo diez dólares, querida... por si me ocurriese algo.

—Has hecho mal en pedirle dinero... a él.

—¿Por qué? ¿No trabajo para él? Ya se lo cobrará en canciones... Anda, Kate, vete a casa. Yo estaré allí antes de una hora.

—¿De veras?

—¡Palabra!

III

Y en efecto. Transcurrió una hora. Transcurrieron dos. Transcurrieron tres. Y Joe no se presentó en su casa.

¿Qué había sucedido? Algo muy sencillo. Unos compañeros de la estación de radio—anunciadores, artistas—habían organizado, como de costumbre, una partida de dados, y, conociendo bien a Joe, le habían invitado a jugar.

Joe tenía diez dólares y ninguna fuerza de voluntad. Aquellos diez dólares podrían convertirse en veinte, en cuarenta, en cuatrocientos. Bastaba con que les sonriese un poco la Suerte. No tenía nada que hacer. Había terminado sus canciones, y hasta dentro de una hora no había prometido volver a su casa... Jugaría, ¡qué diablo! Una hora de probar fortuna...

Sólo que la cosa se enredó... como sucedía siempre. A las primeras tiradas se animó la partida, y uno de los jugadores, que no concebía la vida como no fuese pasándola a



— No irás a echarme un sermón ¿verdad mujercita?

tragos, sacó el oculto recipiente de "Whisky". Se remojaron las gargantas. Se caldearon los estómagos. Se desataron las lenguas. Y el tiempo pasó sin sentirse.

Cuando Joe llegó a su casa, había olvidado por completo la promesa que había hecho a Kate. Salió a recibirle Luisín, su hijo, el rayo de sol que alegraba el hogar, y entonces, al verle solo, al adivinar tras él la cara enfurruñada de su esposa, fué cuando advirtió su culpa.

Se apresuró a entrar. Kate estaba allí, en

efecto, con la misma cara que él acababa de figurársela, y cuando se acercó a besarla, ella esquivó el beso, diciéndole tristemente, pero sin acritud:

—Tres horas llevo esperando... Tu promesa no ha servido de nada.

—Perdóname, Kate, perdóname... Me entretuve con unos amigos y lo olvidé todo. No lo volveré a hacer más, te lo aseguro. Mira; Luisín sabe que digo verdad.

—Luisín a la cama... Tenemos nosotros que hablar.

Ella misma cogió al niño de los brazos de Joe y fué a acostarlo en su camita. Después volvió al lado de su marido, el cual, al verla venir, trató de desarmarla con su risa de niño grande.

—¿No irás a echarme un sermón, verdad, mujercita?

—No quisiera hacerlo... pero esto no puede seguir; estoy cansada de que me abandones. No es una vez, ni dos, ni cinco... Son docenas de veces que te olvidas hasta de que yo existo.

—¡Ahora sí que no sucederá nunca más... te lo juro!

—Me lo has jurado cien veces. ¿Cómo voy a creerte?

—Pero ahora no es lo mismo... Oye, Kate, yo sé que no soy lo bastante bueno para ti...

—No se trata de bondad. Yo sé que eres

bueno... pero sé también que eres un irresponsable, un inconsciente...

—¡Palabra, Kate... estoy decidido a cambiar!

—No te creo.

—Me creerás cuando lo veas... ¿No he cambiado ya desde que me casé contigo? Acuérdate... No soy el mismo de antes. Cuando te ví por primera vez, yo estaba en un hospital, y tú estabas de enfermera allí... Te hice creer que me había atropellado un auto; pero fué porque, con tus vestidos blancos, con tu mirada blanca, no me atreví a decirte la verdad: que era un boxeador y que estaba allí por los gages del oficio... Sabía que eso no te gustaría.

—Me mentiste ya la primera vez que nos vimos.

—Un hombre, a veces, tiene que mentir cuando ama... sobre todo cuando ama a una mujer como tú... y no es digno de ella...

—Creo, Joe, que al casarnos cometimos una gran equivocación.

—¿Serías más dichosa... si nos separásemos?

—Quizá fuese menos desgraciada.

—Bien; sea, puesto que lo quieres, Kate... Pero yo seguiré queriéndote igual.

—Creo que el niño estaría mejor conmigo. ¿No te parece?

—Como tú quieras... Bueno; voy a hacer mi equipaje.

—Pero... ¿vas a marcharte esta noche?

—Sí ¿Para qué seguir a tu lado si soy incapaz de darte la felicidad?

Joe se encaminó a su cuarto, que era también el cuarto de su hijito. Este le esperaba sin dormirse, embutidas sus manos en los pequeños guantes de boxeo. Había que celebrar el combate de cada noche. Pero el pobre Lane estaba "groggy" en aquellos momentos tan críticos para él, y al primer directo de Luisín cayó al suelo de rodillas.

El niño corrió hacia él.

—¿Te he hecho daño, papáito?

—No, hijo mío, no.

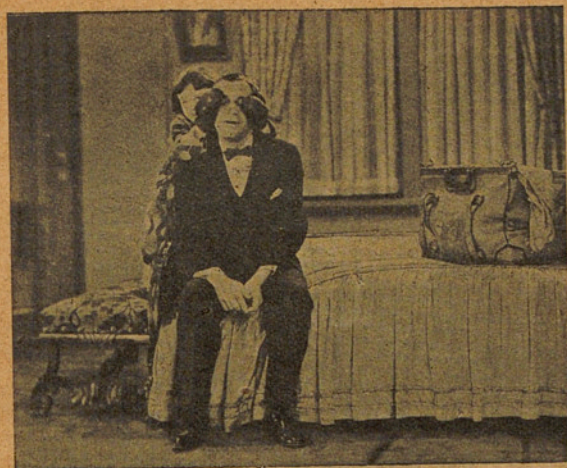
—¡Yo no dejarr que nadie te haga daño!

Unos instantes después, Joe, guardadas algunas prendas de ropa en una maleta y convencido su hijito de que sólo le alejaba de su casa la necesidad de emprender un pequeño viaje, se dirigió al comedor, donde Catalina le esperaba.

—¡Adiós, Kate! ¿No quíeres darme el beso de despedida?

Catalina no pudo contenerse por más tiempo. Se levantó y corrió a abrazarle.

—¡No, no puedo dejarte ir... te quiero demasiado!



Había que celebrar el combate de cada noche.

Se besaron con ansia, con alegría, como si acabasen de salvarse de un peligro. Cuando Joe pudo hablar dijo:

—¡Oh, Kate, mi Kate, me haces el hombre más feliz del mundo! ¡Te prometo que no volveré a beber ni a quedarme fuera de casa por las noches! ¡Yo haré que nunca tengas que arrepentirte de haberme perdonado!

IV

El sonido del teléfono cortó el abrazo.

Joe se puso al aparato.

—¿Quién?... ¡ah!... ¿qué está el señor Phillips?... Bien, dile que bajo en seguida.

Colgó el auricular y se volvió a su mujer.

—Es Arturo. Me está esperando abajo para llevarme a la emisora.

—¿Y vas a ir con él?

—¡Naturalmente!

—Joe, yo quisiera que te alejases de ese hombre.

—Pero mujer, es un buen amigo.

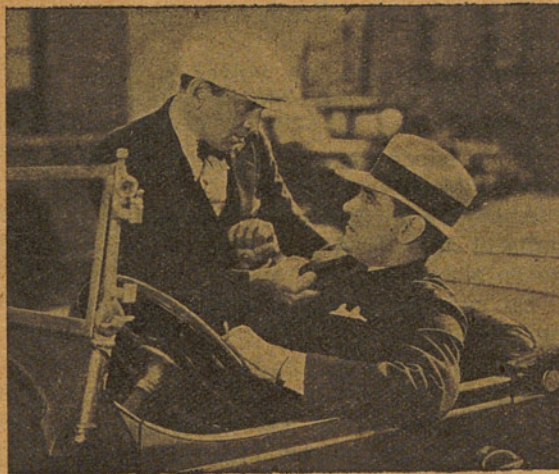
—¿Estás seguro?

—Ya ves todo lo que ha hecho por mí... Me ha dado nombre, dinero... Y esta noche me ha dicho que aún piensa hacer más. Va a aumentarme el sueldo, a hacerme una fuerte propaganda periodística.

—¿Te ha hablado de condiciones?

—¿Kate, qué quieres decir?

—¿Sabes por qué Phillips se muestra tan amable contigo? Porque quiere que yo... me muestre amable con él.



—¡Lo sé todo, y vas a pagar ahora mismo tu infamia!

—¿Cómo!... ¿Cuándo te ha dicho eso?

—Ya hace tiempo que anda detrás de mí, pero hasta hoy no se ha expresado claramente... Me ha dicho que si quería tener dinero en abundancia y que tú estuvieses en la cumbre, no tenía más que hacer que invitarle a comer el domingo. Eso significaría que yo aceptaba.

—¡El canalla!... ¡Lo mataré!

—No hagas nada, te lo ruego... Esas co-

sas se desprecian. Prométeme que serás prudente.

—Te prometo... no volver a verle. Pero esta noche, sí. Esta noche sabrá él quién soy yo.

Y sin hacer caso de las súplicas de Catalina, salió de la casa.

Abajo, en la calle, frente a la puerta, aguardaba el auto de Arturo Phillips con su dueño en el interior.

En cuanto Joe hubo subido al auto, Arturo le preguntó:

—¿Y tu mujer?

—Está bien.

—¿Por qué no la has traído contigo?

—Porque se ha quedado al cuidado de Luisín... Pero me ha dicho que te invitase a comer el domingo.

—¡Oh!, se lo agradezco mucho.

—Y me ha dicho también que eres un miserable.

—¡Joe!

—¡No hay Joe que valga! ¡Lo sé todo! ¡Y vas a pagar ahora mismo tu infamia!

Se inició la lucha. Por prudencia, Arturo frenó, a fin de evitar una tragedia. Pero no le sirvió de nada. Joe le obligó a salir del auto, y su puño sólido de antiguo boxeador golpeó la quijada del falso amigo tan limpiamente, que el director de la "Radio Central", perdido el equilibrio, fué a chocar su

cabeza contra la pared de una casa contigua.

Joe se alejó con paso tranquilo, ignorando que la herida que Phillips había recibido era mortal.

Unos momentos después el público se arremolinaba al rededor del cuerpo yacente de Arturo Phillips. Llegó la policía. Y el herido, antes de lanzar su último suspiro, pudo balbucear tres palabras:

—Fué... Joe Lane...

Mientras tanto, la voz de Lane, desde el micrófono de la "Radio Central", hacía las delicias del público. En un intervalo, Joe se puso al habla, por teléfono, con su esposa, y le dijo:

—Te telefono solamente para decirte que no estés inquieta...

—Pero, ¿ha sucedido algo?

—Nada importante, querida... Y voy a darte una buena noticia; ya no seguiré cantando en esta estación. Acabo de aceptar un nuevo empleo.

—Pero...

—No, no temas, querida... Sólo hubo una lucha sin importancia. El me habló de ti... perdí la serenidad... Pero no te inquietes; no ha pasado nada grave... ¿Está despierto el niño?

—Sí.

—Pues dile que escuche, que voy a cantar-le su canción predilecta: "Compañerito".

Y, en efecto, pasados unos segundos, la voz de Joe Lane desgranaba frente al micrófono las notas sentimentales de una canción de cuna, que Luisín escuchaba desde su camita.

Terminó su canción. El anunciador pregónó la bondad de numerosos específicos y de diversos géneros. Y en esto llamaron a la puerta del pisito de Joe Lane.

Catalina salió a abrir. Eran dos policías; uno de paisano, el otro de uniforme. El de paisano, al mismo tiempo que se introducía en la casa, sin quitarse el sombrero, naturalmente, ¡qué para eso era policía!, saludó:

—Buenas noches. ¿Vive aquí Joe Lane, verdad?

—Sí, señor — respondió Catalina, temiendo una catástrofe.

—¿Es usted su esposa?

—Sí.

—¿Dónde está su marido?

—No está en casa... ¿Para qué le buscan?

—Ha matado a Arturo Phillips.

—¡No, no es posible! ¡Mi marido es incapaz de matar a nadie! ¡Debe de tratarse de una equivocación!

—No hemos venido aquí a discutir. Díganos dónde se encuentra su marido.

Antes de que Catalina pudiese contestar,



Luisín escuchaba desde su camita

se oyó un ruido en la habitación donde se hallaba Luisín.

El policía preguntó:

—¿Qué es eso?

—Es mi hijito. Estábamos escuchando la radio... Pero, le aseguro que mi marido no está aquí.

Se volvió el hombre a su compañero, y ordenó:

—Registre la casa.

Mientras que el subordinado salía a cum-

plir la orden, el policía de paisano se acercó a Catalina, y con tono persuasivo, como si tratase de inspirarle confianza, le dijo:

—Señora Lane, debe usted decirme todo lo que sepa. Será peor para los dos sino lo hace así.

—¿Qué quiere usted que le diga? No sé dónde está... Reñimos esta noche...

—¿A causa de Arturo Phillips?

—No, a causa del juego. Mi marido acostumbra jugar a los dados...

—¡Ah, es jugador también!... ¿Y qué pasó después?

—Mi marido se incomodó por mis recriminaciones y se marchó de la ciudad.

—Entonces se habrá llevado el equipaje.

—¿Cuál es su habitación?

—Esa, señor.

Y el policía se introdujo en la habitación donde hallaba acostado Luisín, seguido de su compañero, que acababa de regresar de su infructuoso registro. Al verlos entrar, el niño les preguntó:

—¿Venís a oír cantar a papá?

Pero Catalina, que había entrado detrás de ellos, le tapó la boca para que no continuase. Un momento después, el policía vestido de paisano se volvió a Catalina:

—Ya hemos visto lo que queríamos, señora. Siento haberla molestado.

Salieron ambos. Y Kate, loca de impa-



Joe Lane cantaba en aquellos momentos

ciencia, corrió al teléfono, para poner en guardia a su marido. Pero apenas había tomado el aparato, la puerta se abrió a sus espaldas y los policías aparecieron de nuevo. Ella intentó sonreír, mientras que colgaba el auricular.

—Nada... no es nada... Telefoneaba a un amigo...

Iban a retirarse de nuevo los dos hombres, cuando Luisín salió de la habitación gritando:

—¡Ven, mamaáta!... ¡Papá va a cantar!
Catalina se le acercó y lo tomó en sus brazos.

—No, Luisín... Papaíto no cantará esta noche.

—¡Sí, sí! ¡Acaba de decirlo el hombre de la radio!

No había escapatoria posible. Los policías entraron en la habitación que abandonaron poco antes. Joe Lane cantaba en aquellos momentos.

—¿Qué estación es esa?—preguntó a Catalina uno de los dos policías.

—No lo sé—respondió la esposa de Lane.

Siguieron escuchando. Joe terminó su canción, y el anunciador satisfizo, al fin, la curiosidad de los polizontes, diciendo:

—Esta es la estación "Radio Central". Acaban de oír el gran Joe Lane en su canción "Compañerito"...

No quisieron oír más los esbirros, y, sin despedirse, salieron disparados.

Unos minutos después, Joe Lane estaba preso.

V

—¿De modo que usted asegura haber matado a Arturo Phillips en legítima defensa?

—Sí, señor; él intentó golpearme con la llave inglesa, y yo me defendí.

Estaban en la sala de audiencia, ante el Tribunal.

Joe Lane, sentado frente a la mesa del juez, había perdido la alegría que le caracterizaba. Se le veía aplastado bajo el peso de la fatalidad.

Cerca de él, al otro lado de la barandilla que separaba al tribunal del público, Catalina y su hijito le contemplaban. Ella con lágrimas en los ojos; el niño sin comprender toda la trascendencia de aquel acto.

El juez se dirigió a Lane:

—¿Por qué razón le atacó Phillips?

—Preferiría no decirlo.

Y entonces, del público, se elevó una voz femenina; la de Kate:

—¡Dilo, Joe... dilo!

—¡Calla, Kate, no te mezcles tú en esto!
—respondió Lane, casi colérico.

Le impuso silencio el magistrado, y después de una pausa, le dijo:

—¿De modo que Phillips estaba interesado por su esposa?

—¡Oh, no, señor! Ella está nerviosa... no sabe lo que dice...

—¿Tuvieron usted y Phillips algún disgusto por cuestiones del negocio?

—No, señor. Hasta el día de nuestra disputa, yo creía que era mi mejor amigo.

—¿Cuando aquélla noche salió usted de su casa, estaba ya incomodado con él?

Fué ahora una voz infantil—la de Luisín—la que rompió el silencio que siguió a la pregunta del juez:

—Papaíto estaba furioso aquella noche, ¿verdad, mamá?

El magistrado se quedó mirando al niño, y volviéndose a Joe, le preguntó:

—¿Es su hijo?

—Sí, señor.

Entonces, el juez se levantó y se acercó a Luisín:

—¿Dices, niño, que tu papá estaba furioso aquella noche?

—Sí, señor; mamita lo sabe, porque él se lo dijo.

—¿Dónde estabas tú cuando hablaban tú padre y tú madre?

—En mi cuarto.

—¿Oíste lo que decían?

—¡Ya lo creo!

Terció Catalina, prudente, temiendo que la inocencia del niño perjudicase a su marido:

—Tú no oíste nada, Luisín.

Pero el niño, muy convencido de su importancia, al verse interrogado nada menos que por el juez, replicó vivamente:

—Sí, mamá, lo oí; y tú me has dicho siempre que diga la verdad.

—Se lo ruego, señora Lane, no interrumpa—dijo el juez. Y volviéndose de nuevo al niño, le preguntó:

—Dime ahora, amiguito... ¿qué es lo que oíste decir a tu papá acerca del señor Phillips?

—Dijo que lo iba a matar.

Sensación en la sala. Sin cuidarse de ella, el juez volvió a la carga:

—¿Tu padre es muy fuerte, no?

—¡Claro que sí! ¡Cómo que ha sido boxeador!

—Bueno, pequeñín; muchas gracias.

—No hay de qué.

Volvió el juez a su sitio, y cuando hubo tomado asiento, se volvió a Lane:

—¿Es cierto que ha sido usted boxeador?

—Sí, es cierto.

—Bien, puede usted retirarse.

Después de unos instantes de meditación, el magistrado se levantó, y dirigiéndose a la tribuna del jurado, dijo con tono solemne:

—Señores del jurado: Han oído ustedes el testimonio de ese niño y, como yo, habrán adquirido la convicción de que el acusado es culpable de un delito de homicidio por accidente. Pido, pues, para él, un veredicto de culpabilidad, aunque con la atenuante de haber obrado a impulsos de los celos.

VI

Joe Lane fué a presidio. Entre las rejas de la Casa Grande encerró su inconsciencia de pájaro, sus ansias locas de libertad.

Los huéspedes del presidio estuvieron de enhorabuena con la entrada en el establecimiento del antiguo favorito de la "Radio Central". Ahora la vida no era para ellos tan monótona ni tan triste. Durante el trabajo, saboreando el descanso en las horas de recreo, los penados tenían el consuelo de escuchar las canciones de Joe Lane; canciones que hablaban de amor, de pasión, de celos; canciones que se hacían infantiles a veces, y a veces parecía la salmodia de una madre junto a la cuna de su hijito enfermo; canciones que llevaban hasta el recinto aislado de la prisión la voz alegre de la calle, el eco del bullicio de los "dancins" y de los "cabarets" de Broadway.

Y los días se sucedían. Y cuanto más pasaba el tiempo, más tristes se hacían las canciones de Joe, como si el ruiseñor enfer-

mase de melancolía en la prisión, viéndose tan sólo y tan abandonado...

Porque abandonado, sí que lo estaba. Su mujer, su dulce Catalina, estaba lejos, entre el ruido y las tentaciones — ¡oh, sí, las tentaciones! — de la gran urbe. No se acercaba a su reja más que de tarde en tarde. Cierta que su cartas llegaban diariamente, confortándole, dándole ánimos, haciéndole ver que alguien le esperaba cuando las recias puertas se abrieran para él. Pero, ¿qué eran las cartas, cuando lo que él estaba deseando era verla, hablarle, saciarse de contemplarla, de estrecharla entre sus brazos? ¿Por qué no venía a verle más frecuentemente? ¿Por qué parecía alejarse cada vez más, como si quisiera agrandar el enorme abismo — cautiverio, libertad — que los separaba?

Así pensaba Joe Lane. Y su pensamiento era injusto. Obstinábase — con el despecho, con el rencor que almacenaba en su alma el encarcelamiento — en acumular cargos sobre su esposa, sin querer reconocer que ella estaba sola en una gran ciudad, con la obligación ineludible de sostenerse y de sostener a su hijo; que la ciudad se hallaba bastante distante del presidio y que, en tales circunstancias, las visitas, forzosamente, habían de ser poco frecuentes.

Su compañero de celda, Fred, ahondó más aún, sin sospecharlo, la herida de Joe, ha-

blándole con el pesimismo desolado del prisionero viejo, que espera morir entre aquellas cuatro paredes, sin esperanzas de libertad ni de redención.

Cierta día en que Joe acababa de leer una carta de Catalina, Fred le preguntó:

—¿Tu mujer te escribe a menudo, eh?

—Sí, no puedo quejarme. Me escribe casi cada día, y siempre me manda alguna cosilla...

La mía lo hacía también al principio, pero después... ¡se acabó! No le censuro. ¿Qué va a esperar una mujer con el marido prisionero? Cuando yo vine aquí, mi mujer trabajaba como una esclava para mantenerse y mantener a los chicos; pero en cuanto averiguaban dónde estaba su marido, la despedían y no querían ni volver a verla.

—Sí, la vida es dura para ellos.

—¡Qué sí lo es!... Aun en el caso mejor, después de pasar mil privaciones y mil fatigas, el marido sale a la calle; pero aquel hombre ya no es un hombre... es un ex-presidiario.

—Sí, tienes razón...

—¡El sello de presidiarios que nos ponen alcanza también a los nuestros!... Pero no sigamos hablando de cosas tristes... ¿Qué sabes de tu mujer?

—Parece que no está mal del todo. Tra-

baja con un médico que ya conocía de antes. Como había sido enfermera...

—¿Y el chico?

—Está internó en un colegio. Naturalmente, ella, teniendo que trabajar para el médico, no podía cuidar del niño.

—¿Cuándo piensas verla, Joe?

—Espero que venga la semana próxima.

Y la semana próxima llegó. Y con ella, la dulce, la bonita, la cariñosa Kate. Joe Lane brincó de alegría en su celda, como en tiempos mejores, cuando le anunciaron la visita. Y corrió como un loco hacia la sala donde, bajo la vigilancia de un guardián, se celebraban las rápidas entrevistas entre los presidiarios y su familiares. Los brazos de Catalina, abiertos en cruz para recibirle sobre su pecho, le esperaban.

—¡Oh, Joe, que alegría tengo de verte!

—¡Y yo, Kate!... ¿Cómo está Luisín?

—Está bien.

—¿No estará a disgusto... en esa escuela?

—No, está contento ;pero te echa mucho de menos.

—¿Sigue creyendo que estoy aún en viaje de negocios?

—Sí, yo se lo digo siempre... Le he ocultado, naturalmente, que estás aquí.

—¡Y sigue ocultándoselo siempre, siempre! Si él llegase a saber dónde estoy... no

sé, no sé... me parece que me faltarían alien-tos para seguir viviendo.

Y Joe se dejó caer, sollozando, sobre la larga mesa que tenía ante él y que, durante la visita, separaba al presidiario de sus familiares. Catalina le prodigó algunas frases de consuelo. Levantó él la cabeza, y después de secarse rápidamente las lágrimas, se la quedó mirando fijamente.

—¡Muy elegante vienes!—le dijo.

En el rostro de Catalina se acentuó el gesto de tristeza. Comprendía lo que significaban aquellas palabras, entre irónicas y admirativas, de su marido. Eran los celos, los malditos celos, que un día pusieran una nube roja ante sus ojos.

Joe, lanzado ya por la pendiente, prosiguió:

—¡Nadie puede creer que eres la mujer de un presidiario!

—Me lo he hecho para gustarte a ti, Joe...

—¿Para gustarme a mí, o para gustarle a ese doctor que te paga?

—¡Joe! ¿Qué quieres dar a entender?

—Creo que ese médico había sido en otro tiempo uno de tus admiradores, ¿no?

—¡Piensa lo que dices!

—¡No puedes negarme que un día te quisí!

—Es cierto, pero eso fué antes de conocerte a ti.

—¿Y ahora, conmigo lejos, se reanuda el idilio, verdad?

—¡Oh, no, Joe, te lo juro! ¡No hay nada de lo que crees!

—¿Te figuras que me he vuelto tonto en el presidio?

—No, lo que veo es que la soledad hace nacer en ti ideas de las que más tarde te arrepentirás.

—¡Ideas!... ¡La verdad, nada más que la verdad! Tengo amigos fuera, que me tienen al corriente de todos tus pasos. Por ellos sé que las cosas marchan muy bien para ti... demasiado bien.

—¡Pero si yo no he hecho otra cosa que trabajar y esperarte!

—¡Eso se lo cuentas al juez cuando vayas a pedirle el divorcio!

—¿El divorcio?

—¡Eso he dicho!

—Pero yo no he pensado, ni remotamente, en divorciarme.

—Es lo mejor que podías hacer... Después de todo, yo no pienso volver a tu lado cuando salga de aquí.

—¡Joe, no te das cuenta de lo que estás diciendo! ¡Debes de estar enfermo!

—¡Déjame! ¡No estoy enfermo! ¡Estoy bien... nunca he estado mejor en mi vida! Y quiero decirte algo, para que lo retengas bien en tu memoria: cuando salgas de aquí,

no vuelvas más. ¡No quiero volver a verte!

—¡Joe!

—¡Ya lo has oído! ¡No quiero verte más, nunca más! ¡Y si, a pesar de todo, vuelves, yo no saldré de mi celda!

—¡Pero, Joe!...

—¡Vete! ¿No me has oído?... ¡No quiero verte... no quiero verte!

Y Joe huyó de la sala, volviendo de nuevo a la lobreguez del presidio. Catalina, abrumada por tanta injusticia, se dejó caer sobre su asiento, llorando amargamente. ¡Así pagaba su marido sus sacrificios, su valor para hacer frente a la vida! ¡Así correspondía al gran amor que sentía por él, agrandado por la distancia; aquel amor tan fuerte, que la hacía resistir todas las tentaciones!...

Un guardián se le acercó y le dijo dulcemente:

—Discúpele, señora... Todos sienten celos aquí.

La ayudó a levantarse y la acompañó hasta la puerta.

VII

Días. Semanas. Meses.

La primavera se hizo verano; el verano se hizo invierno... Y llegó Navidad, el día en que se aumenta la felicidad de los felices y el dolor de los desgraciados.

Nieve en las calles de la gran urbe. La alba capa cubre los tejados y el arroyo, viste, con un ropaje immaculado, los árboles desnudos; se acumula sobre los techos de los tranvías, sobre las capotas de los autos, sobre los paraguas de los transeúntes. Pero tanta nieve no da a la ciudad un aspecto de desolación.

¡Es Navidad! Las gentes pasan de prisa, atenuando sus pasos en la mullida alfombra blanca. Se detienen, bien arropados, ante el escaparate de una tienda de juguetes, invaden los mercados, asaltan las confiterías...

Por todas partes, hombres mujeres, cargados con paquetes imponentes, intentando tomar por asalto un taxi o un tranvía. Y todos esos hombres, y todas esas mujeres,

llevan impreso en el semblante el sello de la más perfecta felicidad. A todos les espera la tibia hospitalidad del hogar, la chimenea con sus leños chiporroteando, el árbol de Noel, los niños...

Sólo a los presidiarios no les espera nadie, ni ellos esperan a nadie. ¿Navidad? Un día más. Un poco más triste que los otros, porque en él cobran más relieve los recuerdos, se hacen casi tangibles las añoranzas...

El director del presidio donde Joe cumplía su condena había organizado para ese día un gran concierto de radio. Había que combatir la depresión moral de los reclusos, y para ello nada mejor que alejar su imaginación de los recuerdos fijándola, por el contrario, en hechos presentes que reclamaban toda su atención.

Mientras allí se hacen los preparativos del concierto, que debe tener lugar en las primeras horas de la noche, trasladémonos nosotros a un hogar que hasta ahora desconocemos: el del doctor Roberto Merrill, a cuyas órdenes trabaja Catalina Lane como enfermera.

Anochece, cuando, hacia el hotelito que servía de vivienda al doctor Merrill, alejado del bullicio de la ciudad, se dirigían una mujer y un niño: Catalina y Luisín. La puerta de la pequeña mansión se abrió a sus llamadas, y al frío hostil de la calle sucedió

un ambiente de tibieza, de confort, que hacía pensar que la vida era grata por sí misma, a pesar de sus dolores y de sus contradicciones.

El doctor Merrill — alto, buen tipo, joven aún, de unos treinta y dos años — recibió con grandes muestras de afecto a Catalina y a su hijo. Hubo las felicitaciones de rigor, y, terminadas éstas, Catalina dijo a su principal:

—Espero que no habremos tardado demasiado... He tenido que ir a buscar a Luisín a la escuela.

—¿Qué, aprende mucho?

—Sí, pero me gusta más venir aquí — replicó el niño.

Roberto Merrill lo tomó en sus brazos.

—Tengo algo para ti, que eso sí que te gustará.

—¿De veras? ¿Está aquí el Padre Noel?

—No, se ha marchado ya... Pero ha dejado algunas cosillas para que yo te las dé en su nombre. Ven.

Lo llevó a una habitación contigua, donde, ante un gran árbol de Noel, había todo un almacén de juguetes destinados al hijo del presidiario.

Mientras el niño se entregaba por completo a la felicidad de aquella hora, Catalina, que había seguido al doctor hasta la habitación, se dirigió a él:

—No sé cómo agradecerle, Roberto...

—¡Bah! No vale la pena... Esta es la primera Navidad que estoy saboreando desde hace años.

—Usted es muy bondadoso para con nosotros...

—¿Quiére usted que no hablemos de eso? Mire, lo que podíamos hacer, era dejar a Luisín con sus juguetes y pasar nosotros al despacho a charlar un poco. ¿Le parece bien?

—Como usted quiera.

Se acercaron al despacho, amueblado de un modo confortable y hasta lujoso, desde donde podían ver a Luisín, sin que su conversación fuese oída por el niño. Se sentaron. Roberto en el sofá; Catalina en un sillón, a su lado.

Y ella dijo:

—Me figuro de lo que va usted a hablarme. Pero, se lo ruego, no hablemos hoy de eso.

—¿Por qué no, Catalina? ¿Por qué no aprovechar este momento de intimidad?... Déjeme que le diga una vez más que la quiero, que la he querido siempre, desde que yo era interno en el hospital donde usted trabajaba.

—¿A qué recordar eso?

—Cuando usted se casó con Joe, intenté olvidar, sumergiéndome en el trabajo... Fué

entonces cuando empecé a hacerme un nombre. Trabajaba sin descanso, aprovechando los momentos que me dejaban libres mis enfermos, para encerrarme en el laboratorio a realizar experimentos y análisis que más tarde debían de darme una sólida reputación... Pero, muchas veces, en medio de la fiebre del trabajo, el recuerdo de usted, del bien que había perdido, me atormentaba, poniéndome a la vista la inutilidad de mis esfuerzos, lo vano de mis éxitos, ya que no tenía un ser amado con quien compartirlos... ¡Cómo envidié a Joel!... Cuando usted volvió a mi clínica a pedirme trabajo, fué entonces tanta mi alegría, que eché a perder un suero en el que había estado trabajando durante meses enteros.

—¡Roberto!

—¿Comprende usted ahora cuánto la amo?

—Mi situación es especial, Roberto. Es cierto que Joe y yo hablamos de separarnos en nuestra última entrevista... pero cierto es también que él me quiere y que yo le quiero a él...

—Pero él le dijo que no quería volver a verla.

—Quizá el tiempo le haga variar de pensamiento.

—No renuncie usted a su felicidad, Cata-

lina... Piense todo lo que yo puedo hacer por usted y por su hijo.

—Lo he pensado muchas veces. Pero no creo que el amor de madre tenga derecho a matar al amor de esposa.

—Si usted se casase conmigo, la felicidad de ustedes estaría asegurada.

—Deme, al menos, tiempo para pensarlo.

—Con mucho gusto; pero estoy seguro que dirá usted que sí.

VIII

En aquel momento Luisín dejó sus juegos. Acababa de oír el sonido de una voz masculina en el aparato de la radio.

En efecto, la voz del anunciador decía:

—Esta es la estación Q. R. S. A.... Vamos hoy a transmitir un programa nuevo, con motivo de la solemnidad del día; programa que ha sido posible merced a la cortesía y amabilidad de las Instituciones del Estado. Es el concierto que va a darse en el interior del presidio Morgan. Rogamos a los señores radioescuchas que, en medio de su felicidad, tengan un recuerdo para los pobres penados, que no pueden disfrutar en este día de las dulzuras del hogar.

Hubo un silencio. Y después se oyó una voz de hombre, que entonaba una canción llena de sentimiento y de nostalgias.

Luisín corrió al despacho donde Catalina y Roberto se encontraban.

—¡Papá está cantando! ¡Es su voz!

Se acercaron los dos al aparato. Y, en efecto, era la voz de Joe Lane, ennoblecida por el dolor. Una voz en la que temblaba un sollozo. Una voz que, en aquellos momentos en que acababa de hablarse de anularle, de arrojarle a un lado para que no sirviese de estorbo al paso de la dicha, venía a recordar a su esposa que él existía aún, y sentía, y amaba...

Se extinguió la voz del cantante. Y el anunciador volvió a tomar la palabra:

—La canción que acaban ustedes de oír ha sido cantada por un antiguo favorito de la radio: el gran Joe Lane.

Al mismo tiempo, en el presidio, Joe, terminada su canción, se dirigía al director del establecimiento, y le decía:

—¿Se me permitiría decir unas palabras utilizando el micrófono, señor?

—No hay inconveniente—respondió el director.

Joe se puso ante el micrófono. Y en el hogar de Merrill se oyeron claramente las siguientes palabras que brotaban del altavoz, palabras impregnadas de emoción, que pusieron lágrimas en los ojos de Catalina:

—Gracias por haberme escuchado, señoras y señores. No pueden ustedes imaginarse lo que eso significa para mí. Me ha parecido volver a mis mejores tiempos, cuando nadie

tenía aún derecho a señalarme con el dedo... Ahora, mi próxima canción está dedicada a mi hijito, a mi Luisín. Todas las Navidades yo le llevaba juguetes y golosinas, como todos los padres hacen con sus hijos... pero... esta Navidad sólo puedo enviarle esta canción... y donde quiera que esté, si me oye, quiero que sepa que su papáito siempre piensa en él y que no tardará mucho en volver a su lado.

Calló la voz. Se oyeron los primeros compases de "Compañerito". Y la canción favorita de Luisín salió de los labios de Joe más infantil, más plena de ternuras que nunca.

Cuando terminó el cantor, fué a sentarse en su sitio, al lado de Fred, su compañero de celda. Este le preguntó:

—¿Crees que te habrá oído el chico, Joe?

—Estoy seguro que sí, Fred. Lo siento aquí... en mi corazón.

IX

Otra primavera. Ambiente tibiö. Árboles en flor. Una atmósfera límpida en la que flotaban, como diminutos insectos luminosos, millones de promesas, de ilusiones, de esperanzas...

Así vió la vida Joe Lane cuando se abrieron para él las puertas de la prisión. ¡Otra vez la libertad, el aire de la calle! ¡Otra vez la vida volvía a seguir su curso, detenida unos meses por aquel paréntesis del presidio!

Lo primero que hizo Joe, en cuanto se vió en libertad, fué correr a la escuela donde se hallaba su Luisín.

Era, justamente, la hora del recreo, y en los amplios jardines del establecimiento, el pequeño jugaba a la pelota con otros chiquelos de su edad.

Joe lo estuvo contemplando un buen rato. Embelesado. Deslumbrado. Como si fuese un sueño todo aquello, como si no fuera posible que él tuviese a su hijo al alcance de sus ojos, de sus manos.

De pronto, la pelota vino a rodar hasta los pies de Joe, y Luisín, corriendo tras ella, se encontró frente a frente del autor de sus días.

—¡Hijo mío!

—¡Papá! ¡Papaíto!... ¿Dónde has estado?

Tomó Joe al niño en sus brazos y fué a sentarse con él a un rincón aislado del jardín, saboreando su felicidad presente.

—He estado de viaje, compañerito... ¡Pero me parece mentira tenerte en los brazos! ¡Oh, Dios! ¡Cuánto te quiero! Ahora sí que no te dejaré más, nunca más... ¡Mírame bien, hijo, mírame bien... y bésame otra vez, muchas veces!

—¡Te he echado tanto de menos, papaíto!

—Y yo también a ti, Luisín; también yo te he echado mucho de menos.

—Ahora ya no te irás nunca más, ¿verdad, papaíto?

—No, hijo mío; y te prometo venir a verte cada día.

Sonó una campana.

Joe preguntó a Luisín:

—¿Para qué es esa campana?

—Para comer.

—Vete entonces; no sea que vayan a reñirte.

—No, papaíto, yo quiero quedarme aquí contigo... yo no quiero comer.

Le costó a Joe enorme trabajo convencer



—No, papaíto; yo quiero quedarme aquí.

a su hijo de que no era posible rebelarse contra la disciplina del establecimiento, y mientras que el pequeñín corría a sumarse a la fila de sus compañeros, que iban entrando en el edificio, Joe se retiraba lentamente, sin volver la cabeza, para no sentir la tentación de correr hacia su hijo y llevárselo, a pesar de todos los razonamientos.

No vió, por lo tanto, que el niño, al verle alejarse, se separó de sus compañeros y echó a correr tras él, llamándole desde lejos con su vocecita atiplada. No le oyó Joe. No oía

nada. Iba absorto en sus pensamientos, que nada tenían de lisonjeros. Pasada la embriaguez de las primeras horas de libertad, se veía ahora frente a la vida otra vez.

¿Qué iba a ser de él? ¿Qué haría, adónde se dirigiría?

A su esposa no quería ni verla, convencido como estaba — un convencimiento nacido de sus propios pensamientos — de que Catalina pensaba divorciarse de él para casarse con el doctor Merrill. Por no querer, ni siquiera quería pensar en ella. Pero era inútil el esfuerzo de su voluntad. Su pensamiento, revoloteando sobre todas las cosas, sin posarse en ninguna, se fijaba, con la fuerza de una obsesión, en la figurita grácil de su Kate, para seguirla a todos lados, en todas sus evoluciones, tratando de penetrar el arcano de su corazón.

¿Dónde estaría ahora? ¿Qué haría?

Sin duda en el despacho de Merrill, dejándose querer, colaborando con él, sintiéndose al fin segura a la sombra tutelar de un hombre, que no era un títere ni un irresponsable, como lo había sido el propio Joe, sino que era un hombre de veras, serio, formal trabajador, capaz de darle toda la felicidad y toda la protección que ella merecía.

¡No, no la volvería a ver!

¡Si, al menos, las leyes le concediesen el derecho de quedarse con su hijo, con su Lui-

sín! Aquello sería un gran consuelo para él. Pero mucho se temía que las leyes fuesen injustas una vez más.

Los jueces acostumbran juzgar por lo externo, solamente. ¿Qué podía esperar de ellos un ex presidiario, con antecedentes de borracho y jugador? ¿Cómo podría luchar contra la seriedad y el puro renombre del doctor Merrill, contra la reputación de mártir, de mujer esforzada, de Catalina?

De pronto, a sus espaldas, sonó un grito; uno de esos gritos de tragedia que se exhalan de centenares de pechos a la vez, formando un solo aullido de un poder de emoción innarrable.

Un camión acababa de atropellar a un niño. Lo oyó Joe decir a su lado, y le dió un vuelco el corazón. Pero la voz de su egoísmo le dijo: "No temas. Tu Luisín está tranquilamente en el colegio". Se dispuso a continuar su camino, indiferente a aquel drama que ninguna relación tenía con él. No pudo, sin embargo. Algo como un presentimiento le retenía allí, impidiéndole andar, alejarse.

Se dirigió entonces al lugar de la tragedia. Y ahora fué él quien lanzó un grito:

—¡Mi hijo!

Era Luisín, en efecto, que al seguir a su padre, preocupado solamente con llegar a su lado, atravesando la calle tan llena de peligros, había sido alcanzado por un camión,

cuyo conductor no había podido frenar a tiempo.

El cuerpecito inerte de la criatura estaba aún allí, debajo del auto, respetado milagrosamente por las ruedas.

Joe corrió hacia él, lo cogió en sus brazos, lo besó, lo meció con ternura que tenía más de maternal que de paternal. Alguno de los curiosos, observando su estado de ánimo tan próximo a la inconsciencia total, le dijo:

—¿Qué espera usted? Llévelo a una clínica, a un hospital... Quizá pueda salvarlo todavía.

Y Joe Lane, sin darse exacta cuenta de lo que hacía, tomó un taxi y dió el nombre de un hospital.

X

En el hospital vivió Joe unos minutos horribles de ansiedad. No se le permitió entrar en la sala de reconocimiento. Tuvo que quedarse fuera, en la antesala, mientras que los médicos se encerraban en la pieza contigua, para examinar detenidamente el cuerpecito de su hijo.

¿Qué encontrarían en él? ¿La muerte? ¿La posibilidad de curación?

Los ojos de Joe se clavaban en aquella puerta que permanecía cerrada, que se abriría bruscamente de un momento a otro para llevar a su alma la esperanza o el desaliento.

Y la puerta se abrió. Y en el vano apareció la figura de un médico joven.

Joe corrió hacia él.

—¿Qué, doctor... cómo está?

—No se morirá.

—¡Oh, gracias, Dios mío!

—Pero el caso es grave.

—No puedo soportar esta incertidumbre, doctor... Dígame la verdad...

—Se la diré, señor Lane. Su hijo ha recibido una fuerte contusión en la columna vertebral. Afortunadamente, no hay lesión, pero la violencia del golpe ha afectado profundamente su sistema nervioso.

—¿Y bien?...

—De momento, el niño no puede hablar ni andar. Esta atrofia de los nervios quizá no sea más que temporal... Desde luego, nada se puede decir todavía...

—¿Y qué voy a hacer?

—Lo mejor es que vea usted a un buen especialista de enfermedades nerviosas.

—Pero, ¿quién... quién?... ¡Recomiéndeme usted uno, por favor!

—Pues... aquí en Nueva York tenemos el doctor Keller, el doctor Windsor y el doctor Merrill...

—¿Merrill? ¿Se refiere usted a Roberto Merrill?

—¿Le conoce usted?

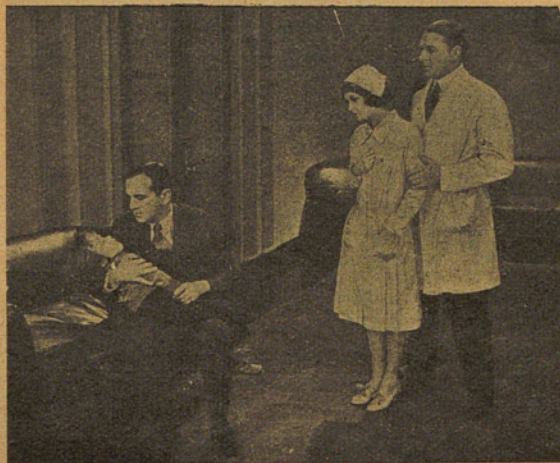
—Sí, un poco.

—Pero le advierto que su tarifa es muy elevada.

—¡Oh, no importa! ¡Se trata de la vida de mi hijo, ¿comprende usted?, de mi hijo! ¡Pagaré todo lo que sea necesario!

—Bien, cálmese, señor Lane. Venga usted adentro y puede llevarse al niño.

Mientras tanto, en la clínica del doctor Merrill se desarrollaba una escena que tam-



Y con Luisín en sus brazos..

bién tenía a Luisín por principal personaje.

Catalina, que seguía como enfermera a las órdenes del doctor, entró en el despacho de éste tan nerviosa y agitada, que Roberto hubo de preguntarle:

—¿Qué es eso, Catalina? ¿Qué sucede?

—¡Una cosa terrible, Roberto! — respondió ella—. ¡Luisín ha desaparecido del colegio! ¡Acaban de decírmelo por teléfono!

—¿Cuándo ha sido eso?

—Anoche le echaron de menos. Desapareció, sin duda, ayer tarde.

—¿Y no se sospecha de nadie?

—Joe salió ayer del presidio. Sin duda fué a ver al niño...

—¡Lo que yo me temía!

El doctor Merrill se acercó al teléfono que estaba sobre su mesa. Catalina le preguntó:

—¿Qué va usted a hacer?

—Avisar a la policía.

—¡No, no avise!... Si Joe se ha llevado el niño, yo sé que lo devolverá.

—Como usted quiera, entonces.

Salió Catalina a cumplir sus deberes de enfermera. El doctor Merrill volvió a quedarse solo.

Unos instantes después otra de las enfermeras de la casa entró en el despacho para anunciarle:

—Hay ahí fuera un tal señor Lane que desea verle, doctor. Dice que usted le conoce.

—¿Joe aLne?

—Sí, señor; trae consigo un niño pequeño.

—Que entre en seguida.

No tardó en presentarse Joe con Luisín en sus brazos. Mostrándoselo al doctor, le dijo:

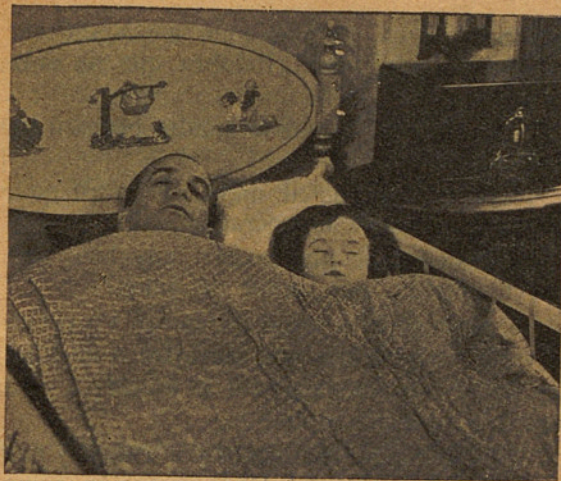
—Ha sufrido un accidente; le traigo ahora del hospital.

Roberto se dirigió al niño:

—¡Hola, Luisín! ¿No te acuerdas de mí?

—Tiene una especie de parálisis, doctor; no puede hablar ni andar.

—¡Caramba!



...una noche interminable había meditado...

—En el hospital me dijeron que sólo podía curarlo un especialista del nombre y de la fama de usted.

—Bien; vamos a reconocerlo.

Nuevamente se sometió el cuerpo de Luisín al reconocimiento médico, y terminado éste, el doctor salió de la estancia con Joe. Le preguntó:

—¿Cómo es que el niño estaba con usted, Lane?

—Yo fui a verle a la escuela y, usted tal

vez no lo crea, pero el niño me siguió sin que yo lo advirtiese. ¡Palabra que ha sido así!

—Bien; no sé lo que su madre pensará de todo esto.

—No le diga usted nada, se lo ruego... hasta despues de la operación.

—¿Usted sabe que podría muy bien volver a presidio por raptor de niños?

—¿Qué me esta usted diciendo? Yo vengo a verle para pedirle que me salve a mi hijo, ¿y usted me amenaza con la cárcel?... ¿Va usted a operarlo o no?

—No se excite; hablemos con calma y nos entenderemos mejor... Una operación como la que Luisín necesita, es muy costosa.

—¿Qué quiere usted decir? ¿Es dinero lo que busca usted?

—Lo que busco es que devuelva usted el niño a su madre. Ella le quiere tanto como usted, ella puede cuidar de él, atenderle, mimarle, mejor que usted... Ella podrá hacer de él un hombre, mientras que usted sólo conseguirá labrar su desgracia.

—¿Y si no lo devuelvo?

—Entonces tendrá usted que pagarme cinco mil dólares por la operación... adelantados.

—¡Es usted un miserable! ¡No sé cómo no le mato!

Y Joe penetró violentamente en la sala de operaciones y se llevó a su hijo de allí, a pesar de los razonamientos y hasta de las amenazas del doctor Merrill.

Ya estan a la venta

La Colección de tarjetas postales
que usted deseaba:

**LOS DIEZ MÁS SUGESTIVOS BESOS POR
LOS ARTISTAS MÁS SIMPÁTICOS**

Colecciones de 10 postales 2 pts.

Pedidos a

Biblioteca Films - Apartado 707 - Barcelona

No se venden postales sueltas. Acompañar el importe en
sellos de correo o por Giro Postal.

XI

Al día siguiente estaba otra vez en la clínica de Roberto. Y con Luisín en sus brazos.

Durante toda una larga noche, una noche interminable, había meditado. Y había reconocido que no tenía derecho a destruir el porvenir y hasta la salud de su hijo. El doctor podía curarlo. Que lo curase: él se sacrificaría, se escondería en un rincón, para que su figura no hiciese sombra a su hijo.

Solamente, al despedirse de Merrill, le dijo:

—Quisiera pedirle un favor.

—Diga usted.

—Que le haga saber a Catalina que ni por un momento he dejado de amarla.

—Váyase tranquilo; lo sabrá.

Bajo los cuidados del doctor, Luisín volvió a andar; pero no a hablar. Sus nervios bucales no le obedecían, a pesar de todos los esfuerzos de la ciencia.

Pero una noche ocurrió el milagro. Luisín, cuya obsesión era, a todas horas, volver a ver a su padre, soñó con él una noche, pre-



Luisín le esperaba con los brazos abiertos

cisamente al mismo tiempo que Joe derrochaba lo mejor de su arte pidiendo a los cielos que devolviesen el habla a su hijo.

¿Fué telepatía? ¿Fué simplemente un sueño que tuvo la fuerzade una visión real? Lo cierto es que Luisín creyó verse en brazos de su padre, oír su voz, sentir sus besos... Y al despertarse, con gran estupor de Catalina y de Roberto, que velaban su sueño, gritó:

—¡Papaíto estaba aquí! ¡Papaíto estaba aquí!

—¿Qué dices, Luisín? ¡Pero estás hablando!

—¡Papaíto cantaba!... ¡Sí, cantaba! ¡Me cogió en brazos y me cantó... como lo hacía antes!

Era un milagro, un verdadero milagro.

Y ante aquella revelación, ante aquel poder del sentimiento, que había realizado lo que la Ciencia no pudo realizar, Roberto Merrill optó por retirarse para dejar el camino libre a Joe Lane. En realidad, los suyos le esperaban con los brazos abiertos; nunca habían dejado de esperarle como su única ilusión.

Y aquella noche la voz de Joe Lane, de siempre alegre y alocado como un niño, volvió a oírse a través del aparato de radio. Cantó mejor que nunca; prodigó chistes e historietas. Y al fin, terminado su número, habló así:

—Señores: Ha terminado mi programa, y voy a pedirles un favor especial. ¿Quieren alejarse de sus aparatos un minuto? Voy a hablar a mi mujercita... privadamente.

Y después de una pausa, añadió:

—Vuelvo ahora a casa, mujercita, con un cuento nuevo para Luisín... Dile que me espere sin dormirse. Y tú espérame también, mi buena, mi dulce Kate...

Catalina no supo si echarse a reír o a llorar.

FIN

5

Han sido los éxitos de la Cinematografía

EL DESFILE DEL AMOR (5.^a edición)

BEN - HUR (3.^a edición)

LOS NIBELINGOS (2.^a edic. agorada)

EL SIGNO DEL ZORRO (4.^a edición,

LOS DOS PILLETES (3.^a edición)

Y TODOS HAN SIDO EDITADOS POR

BIBLIOTECA FILMS
(TÍTULO DE LA SUPREMACÍA)

Pida hoy mismo el Catálogo General que se remite gratis a Biblioteca Films - Apartado 707 - Barcelona
Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos timos para el certificado. Franqueo gratis.

SELECCION DE BIBLIOTECA FILMS

Acaba de publicar los grandes éxitos de la temporada.

No, no, Nanette Bernice Claire

Amor Solfeando Imperio Argentina

Noche de Príncipes Gina Manés

Sally Marilyn Miller

Broadway Merna Kennedy

El Signo del Zorro D. Fairbanks

(4.^a Edición)

Bodas Sangrientas María Jacobini

(2.^a Edición)

Precio: 50 Céntimos

Pedidos a

Biblioteca Films - Apartado 707 - Barcelona

Remitir el importe en sellos de correo, añadiendo cinco céntimos para el certificado.